

El médico Rafael Briones Córdova y el bastón de capitán de la Virgen

Paulino Sánchez Delgado

Cronista Oficial de la Villa

EL BASTÓN QUE porta el capitán o capitana de la Virgen de Peñarroya en todos los actos que se celebran en honor a la Patrona en enero y septiembre fue un regalo que realizó un solanero, Rafael Briones Córdova, como agradecimiento al haber sobrevivido en la guerra de Cuba.

Rafael Briones Córdova (con uve), nació en La Solana el 3 de abril de 1848, falleciendo el 28 de octubre de 1885 en Archena (Murcia), al parecer víctima de envenenamiento. Nació en la casa señalada con el número 28 de la calle Carrera. Era hijo de Sabino y Alfonsa, cursó la carrera de medicina y tras ejercer por tierras de La Mancha se presentó a las oposiciones para médico militar.

Marchó a Cuba y con 35 años ya te-



Retrato de Rafael Briones Córdova.

nía el grado de teniente coronel, entablando una gran amistad con el general Martínez Campos. Tuvo gran vincula-

ción con los Reyes de España, recibiendo de Alfonso XII un obsequio, consistente en un bastón. Obtuvo numerosas condecoraciones, como la Cruz Roja de primera clase, la medalla de Alfonso XII, la Cruz Blanca de primera clase, y fue declarado Benemérito de la Patria por la campaña de Cuba, así como medalla conmemorativa con distintivo rojo.

En la actualidad, viven en La Solana familiares de Rafael. Uno de ellos, aunque ya no lleva su apellido, es Miguel Morales Palacios, y ha realizado un retrato al óleo de este insigne solanero, que fue hermano de su bisabuelo materno.

Rafael Briones Córdova era hermano de Pedro Antonio Briones Córdova, padre de Rafael Briones Romero, de quien era hija Manuela Briones García de Mateos, a su vez madre de María Josefa Palacios Briones, de quien es hijo el autor de ese óleo. Por lo tanto, cuando veamos portar en cualquier acto el bastón de capitán o capitana de la Virgen de Peñarroya, recordar que fue un regalo que realizó un solanero como agradecimiento a su Patrona, allá por el último tercio del siglo XIX.

Recuerdos de juventud en La Solana

Lorenzo Menchén Madrigal

EL REDACTOR DE *Gaceta de La Solana*, Gabriel Jaime, escribió hace poco un buen reportaje sobre el barman Agustín Romero de Ávila titulado: "Agustinillo, el barman". Me gustaría aumentar esa información con una anécdota que me ocurrió a propósito.

Son recuerdos de juventud, de ferias y romerías de los 60, donde algunos amigos nos desplazábamos desde Argamasilla hasta el pueblo de la zarzuela para "conquistar" a sus atractivas mozas, que nos recibían con alegría y simpatía. Si aceptaban ser invitadas en un bar, las consumiciones eran vino de la tierra, algo singular en relación a otros pueblos. Íbamos los domingos y en fiestas como sus famosos carnavales, sin olvidar la romería de la Virgen en septiembre. Antaño, los romeros pasaban la noche a oscuras, alumbrados con la luna junto a una lumbre, o con una botella de carburo, siempre con guitarras.

Las ferias también eran distintas, pues carecían de verbenas públicas y, en todo caso, la Banda Municipal amenizaba estos eventos. Solía hacerse un baile de

sociedad que se encargaba a un grupo de jóvenes, cobrándose una cuota por asistir. Contrataban un grupo musical y subastaban la barra a un profesional. De nuestro paso por el Casino de La Solana conocíamos a Agustín, una persona simpática, alegre y buen profesional que casi siempre se quedaba con la barra de dicho baile. Recuerdo una anécdota de aquellas veladas que, más o menos, ocurrió así:

Una noche, en el baile, sentí la necesidad de ir al servicio, situado en un pequeño patio fuera del salón. Agustín había dejado una espuerta con dos barras de hielo. Al entrar yo, una persona muy popular en Argamasilla, también solanero, orinaba sobre aquellas barras, destinadas para los combinados. No dije nada y cuando salí observé el hielo afectado y lo comenté con mis amigos. Aquella broma de mal gusto llegó a oídos de los organizadores, que me llamaron para manifestar lo que había visto, pero el "bromista" lo negó todo, acusándome de mentir. Me esforcé para que me creyeran, pero no lo hicieron y, como



Agustinillo, en caricatura de Dávila.

el verdadero culpable era de la organización, el expulsado del baile fui yo. Menos mal que el asunto sólo se saldó poniéndome de patitas en la calle. Ignoro el resultado aplicado a aquellas barras de hielo, aunque me aseguraron que Agustín, dada su profesionalidad, las inutilizó.

Reciba Agustín mi consideración y homenaje particular, y que Dios y nuestra Virgen de Peñarroya nos mantenga con lucidez, humor y felicidad por muchos años.